

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA DE LA
GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DIRECCIÓN DE

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA

TOMO I



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 153

Expedición al Rosario y San Ignacio de Piaxtla en la provincia de la Sonora, en diciembre de 1810 y enero de 1811 (original)

El grito de libertad que se dio en Dolores la noche del 15 al 16 de septiembre de 1810, por el inmortal héroe don Miguel Hidalgo, y Costilla se extendió con la rapidez del rayo por todos los confines del venturoso Anáhuac, que se hallaba sepultado en duro cautiverio casi por tres siglos; la que se llamaba entonces provincia de Guadalajara oyó con el mayor entusiasmo la voz del libertador, y aunque el déspota que la dominaba procuró defenderla mandando gruesas divisiones por el oriente, y sur de la capital para contener el ímpetu con que se acercaban las tropas libertadoras, no pudo impedir que don José Antonio Torres derrotara el cuatro de noviembre en menos de media hora en Zacoalco la realista división compuesta la mayor parte de inexpertos colegiales, y cajeros, sin que de la infantería quedase uno vivo; igual suerte pudo suceder al oidor comandante don Juan José Recacho en la Barca, quien después de estrechado por lo independientes en sitio riguroso en los tres primeros días del mismo mes, reducido con su división en el recinto de la plaza, y su señoría escondido en la torre disfrazado con un zarape, y sombrero de petate haciendo de vigía, no tuvo otro arbitrio para salir del apuro, que, de acuerdo con el cura, y oficiales sacar en procesión al Santísimo y marchar con su división en aquel traje cosido con el padre de la custodia hasta llegar de esa manera a Guadalajara, distante veinticinco leguas. ¡Jamás se ha visto día de corpus más largo! Desmayóse esta ciudad enteramente con semejantes acontecimientos y al momento se disolvió la junta que pocos días antes se había instalado, y se llamaba de seguridad; huyó la Audiencia, y el señor obispo para San Blas; y el presidente don Roque Abarca sin saber qué hacerse se fue al pueblo de San Pedro distante

una legua de la ciudad. El hacendado don Tomas Ignacio Villaseñor que había sido el comandante de la división para Zacoalco, y fue hecho prisionero, pactó con don José Antonio Torres, que vendría a la ciudad a tratar con el jefe de la entrada del ejército libertador, y dentro de dos días volvería con la respuesta: viene en efecto; habla con el señor Abarca, quien le concede cuanto le pide con calidad de respetar sus propiedades, y persona, y las del vecindario; temblando como azogado firmó este pacto, y regresó luego para el convento de San Francisco en la capital donde se metió en cama haciendo del enfermo; Villaseñor partió para Zacoalco a apresurar la marcha de ejército, que entró triunfante el 11 de noviembre en la ciudad con las más vivas, y expresivas aclamaciones que se han visto. Entraron también en el mismo día con su división los coroneles Portugal, y Navarro que hicieron fugar a Recacho de la Barca.

Como estos comandantes quedaron victoriosos en aquel punto, y Torres en Zacoalco firmó la capitulación, entregándosele a él la ciudad, he aquí que se disputan la preferencia en el mando, cuyas pretensiones quedaron suspensas por la prudencia, y sagacidad de Torres, que propuso, se le daría parte al señor Hidalgo, que se hallaba en Valladolid, y con su resolución se aquietarían todos, quedando entre tanto Torres con el mando; así convinieron; partió el posta con la velocidad que demandaba el caso, y recibida la noticia el 16, determinó su excelencia venir en persona a terminar las disputas disponiendo su salida de aquella ciudad para el día 21 como lo verificó; llegó a San Pedro en cinco días; hizo mansión en este pueblo para hacer su entrada pública al día siguiente 27. Cubrióse todo aquel campo de la tropa, y se le sirvió al medio día un magnífico banquete en el que asistieron los comandantes, una diputación del ayuntamiento otra del cabildo eclesiástico, y algunos prelados de las religiones; concluidos todos los cumplidos entre 5, y 6 de la tarde

entró en la ciudad con repique general, truenos de artillería, y repetidos vivas que manifestaban el regocijo universal.

El 28, y días siguientes venían a bandadas los indios, y toda gente del campo de cuantas poblaciones hay en la comarca a presentársele para aumentar el número de los libertadores deseosos todos de sacudir el yugo español; en la misma ciudad no quedó persona que a porfía quisiera dejar de tener la dicha de besar la mano a su excelencia y ofrecerle sus servicios. Entre muchos de los que se presentaron es recomendable el religioso dominico doctor fray Francisco Parra, que en aquella misma noche de su entrada habló largamente con su excelencia con entusiasmo, y ardor para promover nuestra independencia recordándose la amistad antigua que ambos se tenían desde el pueblo de Dolores; allí le ofreció la imprenta que tenía a su cargo el padre dominico, primer auxilio de esta clase que tuvo nuestra libertad, y el único que había en todas aquellas provincias; sumamente gustoso el excelentísimo señor por este hallazgo (porque creía, y le dijeron que los europeos al tiempo de su fuga la habían dejado inutilizada) le encargó la impresión de los primeros papeles que se publicaron, necesarísimos para comenzar a dar al pueblo una verdadera idea de la justicia de nuestra causa; esto ejecutó el reverendo padre Parra con el mayor empeño, imprimió *a su costa* todas las proclamas, partes, y bandos oficiales que entonces ocurrían.

Mas conociendo su excelencia que el deseo del reverendo padre doctor era contribuir en persona, y con más actividad en beneficio de la patria, anuente a sus miras lo destinó con despachos firmados de su puño para la expedición de Provincias Internas, nombrándolo general con el grado de brigadier de aquella división; y aunque este nombramiento no quiso que sonara en el público por no ser conforme a su instituto, lo palió su excelencia nombrando a don José María González Hermosillo con el mismo despacho, y

al reverendo padre dominico, conservándole el suyo, para que lo dirigiera, y aconsejara en todas sus operaciones, por ser Hermosillo aunque muy honrado, y eminente patriota, hombre que necesitaba de consejos. De acuerdo ambos a dos en presencia de su excelencia partió Hermosillo de la capital el 1º de diciembre del mismo año por el rumbo del norte a conducir la gente que se había preparado en varios pueblos, y el padre Parra, que salió el día 3 por el poniente, convinieron la reunión en el *pueblo de la Magdalena* distante veinte leguas de Guadalajara.

Día 6, llegó a aquel pueblo el padre Parra con más de 500 personas que se le habían reunido en su tránsito, entre ellas 145 de a caballo, 35 fusiles, y 10 pares de pistolas.

Día 7, a las once de la mañana entró Hermosillo con mil setecientos infantes, 200 caballos, 68 fusiles, y escopetas, y 40 pares de pistolas.

Día 8, salió el ejército atravesando las barrancas de Mochitiltic, las que siendo intransitables vieron con asombro que en momentos abrieron los indios camino carretero para la conducción de la artillería de San Blas que venía para Guadalajara, lo que siempre se le dificultó al gobierno español.

Día 11 entró en Tepic el ejército, y en este pueblo, como en los anteriores se reunía mucha gente, muchos con armas de fuego, lanzas, y hondas. Allí se encontró en este día otra partida de cañones que se conducían a la capital del mismo departamento de San Blas.

Día 15 pasó el ejército por Acaponeta, último punto de la jurisdicción de Jalisco 115 leguas distante de la capital, cuya raya divisoria es el río de la Bayona cinco leguas adelante del pueblo donde comienza la provincia de la Sonora.

Día 17 se presentó el ejército a las orillas del Real del Rosario donde esperaba a los independientes el europeo coronel comandante de realistas don Pedro Villaescusa con seis cañones, y mil fusiles.

Día 18 el entusiasmo que animaba a los independientes, hizo pasar casi a nado a las seis de la mañana el río de la entrada de aquel mineral, donde a la banda opuesta se habían parapetado los enemigos, buscando vados por sitios donde poco pudieran operar los fuegos contrarios; se dirigió una partida de más de mil hombres por la derecha al mando del coronel Quintero, otra por la izquierda de igual número a las órdenes del capitán don Trinidad Flores, quienes al abrigo de los arbustos que había en aquella vega, cargaron con tanta violencia sobre el enemigo, que viendo el desnudo con que se les acometía, huyen precipitados en confusión, y sin orden, reduciéndose dentro de la población, y metiéndose dentro de las casas en grupos, sin que hubiera ya jefe que los dirigiera; sabido este incidente por un fulano europeo que pareció ser alcablero, tomó uno de los cañones que había en la plaza cargado con metralla, y reunido con varios de sus paisanos, y algunos soldados con mecha en mano lo presenta en una bocacalle donde le pareció que venía mayor número de gente; le prende fuego, y al tiempo del fogonazo se arrojan todos los independientes pecho a tierra, y logran oír silbar las balas por el aire sin que a nadie hicieran daño; al momento se levantan todos con la mayor precipitación, y cargan con tanta furia sobre los que custodiaban el cañón, que allí al pie quedaron sin vida cosidos a puñaladas; y para saciar más los indios su coraje, al europeo artillero le cortan los genitales, que pendientes de una cuerda los paseaban por toda la población, lo que infundió tanto terror a aquellos habitantes, y a los soldados realistas, que en un momento quedaron las calles limpias de toda gente enemiga, sepultándose todos dentro de las mismas casas; solían soltar algunos tiros al aire por las ventanas y azoteas para llamar la atención; pero esto les era más en su daño, pues al instante se les destrozaban las puertas, y si no eran víctimas, quedaban hechos prisioneros; permanecen en este estado hasta las cinco de la tarde, en cuya hora manda Villaescusa dos oficiales a Hermosillo para que tratasen de capitulación; no se les admitió

otra sino que todos quedasen a discreción entregando todo el parque, armamento, y artillería: se verificó así; a todos se les trató con la mayor dulzura, los más de ellos ofrecieron servir en el ejército libertador, y al coronel se le concedió pasaporte para restituirse al seno de su familia con diez soldados de los vencidos para que le sirviesen de consuelo, y custodia, Hermosillo observó esta conducta por su noble corazón, naturalmente piadoso, que le movieron las lágrimas que arrojaba Villaescusa como un niño, cuando vino a presentársele, contentándose sólo con hacerle hacer juramento de no volver a tomar las armas en contra de la nación; pero este viejo, despreciando a su benefactor, y olvidado del juramento que había hecho, al tiempo de retirarse arrastra a más de setenta de los suyos, y caminando por la villa de San Sebastián, llegó al pueblo de *San Ignacio de Piastla*, veinticinco leguas distante del Rosario; en cuyo tránsito seduce y se le unen cuantos hubo afectos al partido realista; allí determina hacerse fuerte, favoreciéndole el local para el efecto; remite postas unas tras otras haciendo apresurar su marcha al intendente don Alejo García Conde que residía en Arizpe, y traía un refuerzo considerable de indios opatas armados de fusil, y lanza mandándole decir los apuros en que se hallaba, y que esperaba por momentos la vinieran atacar los rebeldes.

Ciertos eran sus temores, pues luego que se supo en el Rosario la infidelidad de Villaescusa, se reunió el ejército triunfante el 25 de diciembre, y salió al pueblo de Cacalotan, tres leguas distante del mineral; allí se hizo revista de la gente, y se contaron 4,125 infantes, 476 caballos, 900 fusiles, algunas escopetas, y carabinas, 200 pares de pistolas, y mucho número de lanzas, cuya arma maneja la caballería de tierra dentro con mucha destreza; se condujeron también los seis cañones que se le quitaron a Villaescusa, y se advirtió, que de los soldados vencidos se habían fugado la mayor parte yéndose a reunir a los vencidos en San Ignacio; poco temor dio esto a Hermosillo confiando en el valor, y

entusiasmo de su gente y menos habiéndosele reunido gustosamente la división que guarnecía el puerto de Mazatlán de los mulatos.

Día 27 entró el ejército en la villa de San Sebastián, y fue recibido con aclamación, y repique de campanas, cuyo vicario foráneo bachiller don José María Aguirre, eclesiástico benemérito, de sentimientos honrados, y muy patrióticos, favoreció a los independientes con el dinero que tenía, y pudo adquirir, siendo poderoso su influjo y ascendiente que tenía por todas aquellas poblaciones.

Día 29 se puso el ejército sobre la cima de un cerrillo que dominaba por el sur al pueblo de San Ignacio, desde donde los tiros de cañón alcanzaban a todos los edificios de la población; divide al pueblo del cerro un río abundante en agua que en tiempo de lluvias suele ser intransitable.

Día 31 algunos soldados de a caballo de la guarnición de Mazatlán con el sargento Hernández bajaron del cerrillo a las señas que hacían otros de los enemigos en la orilla, por la banda opuesta al río, conoció el sargento a dos de ellos que habían sido sus camaradas en el Rosario, el murmullo de la agua impedía que se oyeran las voces, pero con el movimiento de las manos lo llamaron a que viniera a contestar con ellos; entendido por el sargento, y animado por su mucho valor, aprieta las espuelas al caballo, y se arroja al río que pasó casi a nado; contesta con sus camaradas, y quedan de acuerdo, que al otro día en el mismo sitio vendría mucha más gente de los enemigos que conquistarían para reunírseles, y pasarse al ejército libertador. Contentísimo Hernández dio la vuelta después de haber dado un estrecho abrazo a los que se le habían manifestado amigos, y he aquí que cuando había entrado ya más de doce varas en el río, uno de aquellos pérfidos dispara el fusil, y le atraviesa la bala por la espalda; cayó Hernández a la agua, y sólo el caballo sin jinete pasó al lado opuesto; hubo después algunos tiros de orilla, a orilla todo inútil, pues

apenas alcanzaban las balas, y aunque hubieran llegado con fuerza, no podrían causar daño por haberse repechado todos en los matorrales, y peñascos.

Día 1° de enero de 1811 hubo, como en los días anteriores, y siguientes, algunos tiros de cañón a los sitiados; solían entrar las balas por las puertas de las casas donde había enemigos acuartelados, pero con la precaución con que estaban no recibían daño alguno.

Día 2 salió el padre Parra acompañado con cinco soldados expertos en el local a recorrer la vega del río por el oriente para ver el vado más transitable para la gente de a pie, y artillería; a la media legua se halló paso muy a propósito, bien conocido por *Diego Somalia*, soldado valeroso de los que le acompañaban; éste se arroja por delante a atravesar el río que apenas subió la agua a la rodilla del caballo, le siguió el padre Parra, los cuatro restantes se quedaron en la orilla, esperando la vuelta; puestos ya en la banda opuesta quisieron inspeccionar un poco el terreno, y a las cincuenta varas de haberse internado los sorprendió con una descarga de pistolas una guerrilla de quince enemigos de a caballo que se hallaba oculta en los matorrales, atravesó a *Somalia* una bala por el costado, y cayó muerto; al padre Parra, que no le tocó bala alguna, amarraron las manos por atrás con un cabestro, y con las puntas que atravesaron por la barriga del caballo, le ataron los pies fuertemente conduciéndolo de esta manera, y estirándole el caballo hasta el pueblo; lo introducen en una casa donde se hallaba alojado un capitán europeo fulano Laredo quien lo encerró en un cuarto interior con dos centinelas en la puerta, fusil cargado, y bayoneta calada; al momento se persuadió el padre Parra que llegaba el último día de su existencia, y creyendo, como fue, que pronto vendría el tribunal militar a registrar su persona, y hacerle cargos, y llevando en la bolsa, entre otros papeles, los despachos del señor Hidalgo, y una carta que le dio su excelencia para el ilustrísimo señor doctor fray Francisco Rousset que residía en Culiacán, en la que lo persuadía a que abrazase el partido de la independencia;

temeroso de que se le tomasen estos papeles, pidió a los centinelas, so pretexto de exonerar el vientre, lo condujesen al lugar común que por fortuna había en la casa; condescendieron con su petición, y previo aviso al capitán lo llevaron al lugar citado, donde con dolor de su corazón hizo menudas piezas aquellos preciosos documentos que los llorará para siempre, y los sepultó en la corrupción a poco tiempo se le presentó un cleriguillo Larrago de pequeña estatura, el bachiller Villegas capellán que dijo ser de Villaescusa, y del ejército, acompañado de dos oficiales, y un soldado que hacía de escribiente; éste con un par de pesados grillos en la mano, se los remacha en la pies al padre Parra, y el bachiller Villegas le hace un cateo escrupuloso en su persona, quitándole hasta los instrumentos de fumar. Entre los papeles que reservó el padre Parra, y no podían dañarle, conservaba en la bolsa un sermón de San Francisco de Asís escrito en francés que le había servido de apuntes para el que en ese año había predicado en Guadalajara en la titular del santo; cuando lo vio el bachiller Villegas creyó que aquellos caracteres, y expresiones contendrían planes de ataque, y proclamas persuasivas a favor de la *insurrección*: así se expresó; luego lo condenó para que sirviera de cabeza del proceso que se comenzó a formar en esa misma tarde.

Día 3 se tuvo noticia por extraordinario que para el día siguiente en la media noche entraría al pueblo sitiado el intendente don Alejo García Conde que a marchas dobles había caminado desde Arizpe con refuerzo de cuatrocientos indios opatas de caballería armados de fusil, lanza, rodela y pistolas, y un cañón de a seis.

Día 4, y 5 entre doce, y una de la noche entró como dijo el intendente, habiendo salido a encontrarlo una partida de los que tenía Villaescusa, y luego al punto los soldados, así los que había en el pueblo, como los que traía le hablaban de *mi general*; los

independientes no supieron de la llegada de la tropa enemiga, y creían que eran muy pocos los que había parapetados en el pueblo.

Día 6 mandó el intendente postas a las poblaciones más inmediatas, y haciendas para que le remitiesen la gente armada que pudiesen reunir, con intento de emboscar cuantos pudiera por la espalda de los sitiadores, y darles un asalto.

Día 7 como a ninguno de los sitiados se veía en todo el pueblo hallándose todos escondidos dentro de las casas, quienes aun para comunicarse, o lo hacían de noche, o si lo hacían de día era repechándose tras de las tapias temerosos de las balas de cañón que disparaban los sitiadores, se persuadieron éstos que sería fácil apoderarse del pueblo, y vencer segunda vez a Villaescusa para darle su castigo merecido por infiel, y perjuro.

Día 8 sale el ejército de Hermosillo a las ocho de la mañana batiendo marcha por la parte del oriente, a vista y observación de sus enemigos; la infantería iba de vanguardia, los cañones en el centro, y de retaguardia la caballería; pasan todos por el vado que descubrió el padre Parra, y vieron los cuatro que le habían acompañado, que se quedaron en la orilla opuesta; al punto que los realistas vieron que venían con marcha tan majestuosa a apoderarse del pueblo, temerosos de ser vencidos como les sucedió en el Rosario, sin que oficial alguno los dirigiese, cada soldado en particular tomó su fusil, y cartuchera, y sin orden arrastrándose por el suelo entre los arbustos, y breñales, se pusieron de barriga sin que uno al otro se vieran por ambos lados del camino por donde había de pasar el ejército; sería cosa de cuatrocientos los que se agazaparon de esta manera; cuando ya tenían en medio a todo el ejército, sin que nadie viera por dónde salía el tiro, como quien caza conejos, a punto fijo, comenzó un fuego vivísimo del enemigo, graneado, y certero, que en

menos de diez minutos murieron más de trescientos de los de Hermosillo,¹ se desesperaba este jefe por acometer, pero no hallaba objeto contra quién dirigirse; a nadie veía; el intendente que hacía de general del ejército contrario, se estaba en su casa proveyendo de cartuchos a los que venían a pedírselos, y al tiempo de entregárselos les decía: *buen ánimo, hijos que ya ganamos*. Viendo los americanos que no era posible dar paso adelante sin encontrar la muerte, dan la vuelta precipitadamente y en un momento quedan desaparecidos de todo aquel campo; a Hermosillo no se le volvió a ver la cara, y he aquí concluida, y desvanecida toda la expedición de Provincias Internas.

Al día siguiente salió el intendente general con ánimo de seguir el alcance a los fugitivos cuando ya no era tiempo de hallar a nadie; tampoco había tiempo para seguir la causa al padre Parra, se le hubiera despachado al otro mundo sin estas formalidades como lo intentaban varios oficiales, y el asesor letrado de la Sonora licenciado Tresguerras, europeo andaluz que a la sazón allí se hallaba, pero la actividad del reverendo padre fray Fernando Madueño franciscano español, capellán del intendente que lo había acompañado

¹ El plan de ataque, y asalto lo hubiera dispuesto el padre Parra de otra manera, y tal vez no hubiera sobrevenido esta desgracia a Hermosillo; no sucedió así en el Rosario que por sus disposiciones se logró un triunfo completo.

En el dictamen que dio la junta de premios al gobierno en 3 de diciembre de 1824 se lee lo siguiente: “El religioso dominico doctor fray Francisco Parra con los mejores documentos, y testimonio que han dado algunos señores de la junta, acredita suficientemente que desde el año de diez que entró el señor Hidalgo en Guadalajara, le franqueó la imprenta en que bajo su dirección se dieron a la luz los manifiestos, proclamas, y periódicos que fueron de tanto provecho para propagar el sistema de independencia. Que el señor Hidalgo en virtud del talento, patriotismo, y resolución patriótica del expresado religioso *lo comisionó para que dirigiera las expediciones del general Hermosillo, quien con tal dirección logró gloriosos triunfos*, hasta que en el año de once en una acción sostenida contra las tropas del rey cayó prisionero, y fue remitido a Durango, de donde estando su causa en sumaria, logró fugarse, y entrar a uno de sus conventos en Guadalajara, en que fue recibido, y amparado según la costumbre de los hermanos de su religión. En esta ciudad permaneció dando noticias oportunas a los comandantes de Mescalá, y otros inmediatos. Estas noticias fueron de tanta utilidad, que a ellas se debió evadir varias sorpresas del enemigo, y conseguir a algunas victorias que singularmente en Mescalá. Sabedor de esto el general Cruz, lo puso en la cárcel pública, de allí lo pasó a los cuarteles, y conventos. De éstos logró volver a fugarse, y caminar entre los mayores riesgos, hasta lograr en esta capital el asilo de los de su orden. Estos, si bien lo acogieron, lo vieron siempre con desprecio, lo tacharon de rebelde, lo acecharon en sus acciones, y lo postergaron en todos los ascensos que su mérito, y carrera demandaban de justicia en la primera época de la revolución. Habiéndolo perdido todo por el amor, y servicios a su patria de que repitió algunas pruebas en las siguientes épocas de Iguala, y la libertad y viéndose tan despreciado, etcétera.

desde Arizpe, influyó con bastante ardor, tanto con el general, como con los oficiales, para que con su causa informe fuese remitido a Durango, y allí lo juzgara don Bernardo Bonavia, y Zapata, intendente de aquella provincia, cuyo asesor letrado don Ángel Pinilla también español, había jurado no dejar en este suelo gota de sangre americana; consiguió efectivamente el padre capellán que se remitiera, fue con su escolta de estilo, y cuando el padre Parra llegó a presencia de los que lo habían de juzgar, conociendo infalible su ruina, se fugó repentinamente contrahaciendo en el pasaporte que fingió la firma de Bonavia.²

² Este documento perteneció al señor licenciado don Carlos María Bustamante, y lo debemos así como otros muchos de los que forman nuestra colección, a la bondad del señor don José María Andrade, cuya amistad nos honra; el primer propietario lo publicó dos veces, una en el *Cuadro Histórico* carta sexta del primer tomo y la otra en las *Campañas de don Félix María Calleja*, páginas 62 a la 68; cada renglón de ambas publicaciones tiene variantes, adiciones y sustracciones, que sólo comparando los tres textos puede formarse idea de la manía de don Carlos para alterar todo lo que publicó de obras ajenas; muchos de los documentos originales que hemos confrontado con los dados a luz por este señor letrado, ninguno hemos encontrado conforme, como podrá desengañarse la persona que guste comparando las piezas que se encontrarán en nuestra colección, con las que constan en las obras del señor Bustamante. El autor de esta pieza lo es el padre Parra.

LA EDICIÓN DEL TOMO I ESTUVO A CARGO DE

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Adriana Fernanda Rivas de la Chica
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO PAPIIT IN402602